



El terrorismo como globalización regresiva

Mary Kaldor

A medida que la Comisión Hutton, encargada de examinar los hechos que desembocaron en el aparente suicidio del doctor David Kelly, asesor científico del Gobierno británico, continúa sus reveladoras investigaciones sobre los procesos de toma de decisiones que constituyeron el preludio a la guerra en Irak, parece cada vez más claro que lo que el Gobierno no quiso compartir ni con su Parlamento ni con su electorado fue la duda fundamental de si era verdaderamente aconsejable emprender la guerra. ¿Había más probabilidades de que una guerra preventiva derrotara a las fuerzas del terrorismo o de que las exacerbara?

En el discurso que pronunció Tony Blair en Chicago en 1999 para justificar la “intervención humanitaria” en Kosovo, afirmó que “si queremos seguir viviendo seguros, no podemos dar la espalda a conflictos y violaciones de los derechos humanos en otros países”.

En Estados Unidos, los neoconservadores argumentan que si queremos acabar con el terrorismo global debemos ocuparnos del autoritarismo y del conflicto de Oriente Próximo. Es muy importante que quienes se oponen a las políticas del Gobierno de Bush, especialmente al concepto de ataque preventivo, tomen en serio estos argumentos y elaboren políticas progresistas capaces de abordar el problema del terrorismo global.

El terrorismo es una técnica que utilizan cada vez más los movi-

*Este artículo apareció en el número 138 de la revista *Claves*, en diciembre de 2003 (traducción de M.ª Luisa Rodríguez Tapia).

El terrorismo lo utilizan cada vez más los movimientos extremistas de tipo religioso o nacionalista como una forma de violencia dirigida sobre todo contra la población civil

mientos políticos extremistas de tipo religioso o nacionalista como una forma más de violencia dirigida sobre todo contra la población civil. Muchos de esos movimientos permanecieron callados durante el período inmediatamente posterior a la II Guerra Mundial. Sin embargo, en las dos últimas décadas hemos visto un gran aumento de su presencia política no sólo por su participación en episodios violentos sino también en términos electorales. Los que se incorporan a estos movimientos suelen ser jóvenes inquietos, a menudo preparados para trabajos que ya no existen debido al declive del sector público o la industria, incapaces de casarse por falta de dinero y que a veces necesitan dar legitimidad a las actividades semi-criminales que quizá son su única fuente de ingresos. La pertenencia a dichos grupos les ofrece significado, la sensación de tener importancia histórica y la posibilidad de aventura.

A la sensación de inseguridad hay que unir la globalización, es decir, la interconexión creciente y la sensación de impotencia que produce el hecho de que cada vez se tomen en lugares más remotos decisiones fundamentales que afectan a la vida cotidiana. Todos los jefes del grupo de jóvenes saudíes que se suicidaron el 11 de septiembre de 2001 se habían educado en Occidente. Es un rasgo habitual en muchos militantes religiosos que, con frecuencia, son emigrantes del campo a la ciudad o del Sur a Occidente y sufren la pérdida de lazos con sus lugares de origen, al tiempo que se integran del todo en su nuevo hogar.

El término “globalización regresiva” lo empleo para referirme al carácter de los nuevos grupos que utilizan e incluso promueven la globalización cuando conviene a los intereses de un grupo religioso o nacionalista concreto. Dichos grupos surgen como reacción a las inseguridades engendradas por la globalización y la desilusión respecto a las ideologías seculares del Estado. Y, al mismo tiempo, aprovechan las oportunidades creadas por esa globalización: los nuevos medios de comunicación, sobre todo televisión e Internet, y unas posibilidades mayores de financiación por parte de la diáspora y de grupos criminales transnacionales. Por tanto, son muy distintos de los grupos terroristas clásicos por ideología, táctica y organización.

Un programa político moderno con símbolos antimodernos

Los nuevos grupos terroristas, que comparten con el terrorismo clásico el objetivo de hacerse con el poder estatal pero afirman explícitamente que son antimodernos y retrógrados, tienen cuatro características fundamentales:

1. Persiguen el poder político; en general, el control del Estado

Todos buscan el poder político. Los grupos como los partidos nacionalistas en Serbia, Croacia, Hungría o Rumania, que defienden políticas irredentistas en Europa, quizá buscan la expansión territorial para incluir territorios históricos o habitados por sus respectivas naciones étnicas. Otros grupos minoritarios que pretenden tener su propio Estado, como los moros en Filipinas, el pueblo Aceh en Indonesia, los sijs en India (Julistán), los tamiles en Sri Lanka, los corsos en Francia o los uigures en China, persiguen la secesión.

Los vascos buscan tanto la secesión como la expansión porque pretenden unir los territorios habitados por el pueblo vasco. Lo mismo ocurre con los grupos nacionalistas kurdos, que proponen la secesión o la autonomía dentro de Turquía e Irak. Otros, como los nacionalistas hindúes que desean conservar la cultura hindú en India y reducir o eliminar a cristianos y musulmanes, proponen Estados étnicamente puros y el refuerzo de la soberanía. Los nuevos grupos islámicos internacionales, muchas veces vinculados a Al Qaeda, quieren establecer Estados islámicos regionales en Oriente Próximo, el sur de Asia o el sureste asiático.

Todos estos grupos tienen una visión del Estado que se podría calificar de moderna. Siguen creyendo en la soberanía del Estado y rechazan la condicionalidad que acompaña a la globalización. Creen que las religiones y las etnias deben mantenerse dentro de unas fronteras o quedar excluidas de ellas.

2. Se consideran contrarios a la modernidad

Muchos de los nuevos grupos nacionalistas y religiosos se oponen a lo que consideran el relativismo de la modernidad y la afirmación de que la razón humana es superior a las demás formas de conocimiento humano. Rechazan las dudas y los interrogantes que caracterizan a la sociedad moderna y creen que el conocimiento sagrado es la forma superior de conocimiento y que existe una interpretación “correcta” de la realidad proporcionada por Dios que la razón humana no puede contradecir. Además, muchos nacionalistas insisten en que sus creencias son inspiración divina. Pero hasta los nacionalistas laicos, al menos los laicos más extremistas, están de acuerdo en que existe un modelo que la sociedad debe aplicar sean cuales sean los obstáculos.

3. Dan prioridad a la necesidad de regenerar y unificar una sociedad corrupta

La idea de decadencia es una poderosa justificación para la exis-

La pertenencia a dichos grupos les ofrece significado, la sensación de tener importancia histórica y la posibilidad de aventura

tencia de muchos de estos movimientos. A menudo, estos grupos, tanto nacionalistas como religiosos, se aferran a la nostalgia de un pasado “puro” en el que la religión estaba mucho más extendida y seguía un ritual o en el que la nación no estaba “contaminada” por extranjeros, minorías o grupos variados. Por ejemplo, los islamistas proponen el regreso al período fundacional del islam, hace 1.400 años, y consideran que cualquier desviación de aquella era dorada por parte del Estado es *jahiliyya* o ignorancia preislámica. Y las sectas protestantes radicales consideran que representan la vuelta a la *arcadia* de la iglesia cristiana primitiva. Estos grupos son, a la vez, tradicionales y antitradicionales. Insisten en reinventar la tradición y volver a introducir rituales y hábitos del pasado, aunque esas “tradiciones” choquen con las costumbres de la vida cotidiana. En la práctica, estos grupos inventan un pasado e ignoran la historia más reciente o cualquier cosa que no se ajuste a sus ideas preconcebidas.

4. Consideran que forman parte de una gran guerra contra el ‘otro’

La nostalgia suele ir unida a una idea de lucha que tal vez es la principal característica que comparten las ideologías religiosas y nacionalistas. Los grupos islámicos destacan la importancia de la *yihad*. Algunos grupos de la derecha cristiana hablan de “guerra civil” en Estados Unidos. La Iglesia Mundial del Creador, un grupo que en 1999 llevó a cabo asesinatos racistas selectivos en Illinois e Indiana, utiliza como lema y grito de saludo la palabra *rahowa*, “racial holly war” (guerra santa racial). Los dirigentes religiosos conciben su lucha como una “guerra cósmica” contra el “mal” y fomentan la idea de que todos sus seguidores tienen que participar en esa lucha. Así dan legitimidad sagrada a sus causas y proporcionan a sus miembros la sensación de participar en algo que sobrepasa la mera vida cotidiana. De la misma forma que los grupos nacionalistas afirman vengar injusticias históricas.

Formas de violencia

La táctica terrorista clásica de grupos como el IRA, ETA o el GIA en Argelia consistía en adoptar objetivos estratégicos muy específicos relacionados con el aparato del Estado u otras instancias de gran valor; por ejemplo, atentados contra autoridades, altos funcionarios u oficiales militares y policiales. En cambio, ahora hay una tendencia hacia la violencia simbólica y estratégica orientada hacia el asesinato –aparentemente aleatorio y sin sentido– de civiles. La violencia simbólica es un mensaje, una forma de hacer una afirma-

Creen que las religiones y las etnias deben mantenerse dentro de unas fronteras o quedar excluidas de ellas

ción. Los atentados terroristas contra la población civil son típicos. La violencia es “deliberadamente desmesurada” y muchas veces macabra. En Uganda, el Ejército de Resistencia del Señor corta labios y orejas. Los terroristas suicidas de Hamás introducen clavos en sus bombas para matar al mayor número de personas posible. También son importantes espectáculos como el de las torres del World Trade Center o la destrucción de las estatuas de los budas en Afganistán.

Pero la violencia no es sólo simbólica, no constituye sólo “cartas a Israel”, como dijo una vez un activista de Hamás sobre los atentados suicidas. En muchos conflictos armados de épocas recientes, el objetivo ha sido la eliminación deliberada, el exterminio del “otro”. El fin de las guerras en la antigua Yugoslavia o el sur del Cáucaso era crear territorios étnicamente puros. En esos casos, la violencia desmesurada pretendía hacer que la gente odiara sus hogares. Por ejemplo, la violencia sistemática era un instrumento de guerra deliberado cuyo objetivo era hacer que las mujeres, en especial las musulmanas, se sintieran avergonzadas y profanadas y no quisieran regresar a sus casas.

Tanto la violencia simbólica como la estratégica son más fáciles de comprender como forma de movilización política para los grupos extremistas. En Yugoslavia, las matanzas y los desplazamientos del conflicto generaron precisamente las ideologías que, en teoría, habían causado ese conflicto. De hecho, es posible que ese fortalecimiento del sentimiento extremista fuera el propósito de la violencia. Si no, resulta difícil explicar de qué forma un atentado suicida en Palestina va a ayudar a lograr el Estado palestino o cómo la respuesta brutal de los israelíes va a servir para mejorar la seguridad.

Este tipo de situación es difícil de resolver y difícil de contener. Esos conflictos prolongados de Afganistán, Oriente Próximo o determinadas regiones de África son los que producen “agujeros negros” de caos, ideologías extremistas e inseguridad endémica. Y en dichos “agujeros negros” es donde se alimenta la cultura de la violencia.

Organización, medios de comunicación y financiación

El nuevo terrorismo global se distingue del “viejo” terrorismo por su organización, su utilización de los medios y sus métodos de financiación. El creciente carácter transnacional de estos movimientos ha provocado el paso de formas verticales de organización a unas estructuras de red más horizontales. A la red horizontal van unidas la ausencia de estructuras de mando públicamente identifi-

De qué forma un atentado suicida en Palestina va a ayudar a lograr el Estado palestino o cómo la respuesta brutal de los israelíes va a servir para mejorar la seguridad

cables y la tendencia al anonimato, aunque siguen teniendo importancia los dirigentes carismáticos, como Osama Bin Laden. Los “viejos” terroristas siempre asumían la responsabilidad de sus actos. Hoy, todavía no hay nadie que haya reivindicado los atentados del 11 de septiembre.

Además, muchos de estos grupos forman parte de una familia de organizaciones. Los grupos nacionalistas y religiosos suelen construir lo que se podría denominar sociedades paralelas, una compleja infraestructura organizativa con elementos políticos, militares, educativos, mediáticos y de asistencia. Todos estos grupos utilizan los “nuevos medios”: televisión, Internet, vídeo. Muchos poseen sus propios canales de radio o televisión. Los nacionalistas hindúes tienen un nuevo canal por satélite, Star TV. La televisión serbia desempeñó un papel crucial en los años anteriores a las guerras yugoslavas, con su forma de promocionar la propaganda nacionalista e intercambiar hechos contemporáneos con la II Guerra Mundial y la batalla de Kosovo de 1389.

Como en el pasado, muchos grupos cobran “impuestos” a sus partidarios, sobre todo a los que viven en el extranjero. Algunos, como Al Qaeda o la derecha cristiana, cuentan con miembros millonarios. Tradicionalmente, las principales fuentes de financiación para los terroristas eran las donaciones de sus seguidores, el crimen y las subvenciones del Estado. Las dos primeras siguen siendo importantes fuentes de ingresos, aunque tienen un carácter más transnacional que antes. Ahora bien, aunque las subvenciones del Estado han disminuido, el apoyo de la diáspora se ha incrementado.

Los grupos de la diáspora, alejados de la que consideran su patria, son muchas veces vulnerables a la atracción de los grupos extremistas y la descripción imaginaria de la lucha que supuestamente se está llevando a cabo en su país. Por eso el apoyo de la diáspora es cada vez más importante para todos los grupos del sur de Asia, los serbios, los croatas, los albanokosovares y los kurdos. Muchos miembros de la diáspora apoyan a organizaciones caritativas. Con o sin su conocimiento, a través de ONG de tipo religioso se canalizan a menudo los fondos para los grupos extremistas; y ése es el motivo de que las ONG islámicas fueran uno de los primeros objetivos del FBI en su lucha para acabar con el terrorismo tras el 11 de septiembre.

Un caso concreto: Al Qaeda

Al Qaeda es un caso único: más globalizado y con una red más extendida seguramente que cualquier otro grupo violento religioso

Al Qaeda es un caso único: más globalizado y con una red más extendida seguramente que cualquier otro grupo violento religioso o nacionalista

o nacionalista. Al Qaeda fue el grupo que desarrolló la ideología de dirigir la violencia a escala mundial “contra los judíos y los cruzados”, y no sólo las clases dirigentes locales.

La infraestructura de Al Qaeda tiene muchos paralelismos con la infraestructura de las ONG internacionales o las redes de la sociedad civil. Al Qaeda es una red transfronteriza con formas híbridas de organización. En sí, Al Qaeda (“La base”) es una coalición a la que pertenecen varias organizaciones: las más conocidas son los grupos egipcios Yihad Islámica y Grupo Islámico de Egipto y, en Argelia, el GIA (Grupo Islámico Armado). Pero están también presentes organizaciones de Pakistán, Chechenia, Sudán, Somalia y Filipinas, entre otros países. Todas estas organizaciones se agrupan en un *Shura Majlis*, un consejo consultivo que tiene posiblemente unos cuatro comités (religioso-legal, militar, finanzas y medios de comunicación).

Aunque algunas fuentes occidentales puedan exagerar la participación de Al Qaeda, es verdad que también pertenece a asociaciones y distintas formas de cooperación con otros grupos terroristas islámicos. Muchas secciones locales, lo que en Occidente se denomina células operativas, están vinculadas a mezquitas, organizaciones asistenciales musulmanas y ONG, tal vez hasta en 90 países que incluyen a Europa occidental y Norteamérica.

Igual que ocurre con redes como Jubilee 2000 o la Coalición contra las Minas Antipersonales, lo que mantiene unida a la red es su misión. A falta de formas tradicionales y verticales de organización, el compromiso individual es una herramienta organizativa importantísima. En el caso de Al Qaeda, la misión consiste en restaurar en Oriente Próximo el califato musulmán, abolido en 1924, y restaurar el control islámico de los santos lugares, en especial la mezquita de Al Aqsa, en Jerusalén, y las mezquitas de Meca y Medina.

En 1998, Al Qaeda creó la “Yihad Islámica mundial contra los judíos y los cruzados”. Las organizaciones que la componen firmaron la declaración fundacional en la que se incluía la siguiente *fatwa*: “La orden de matar a los americanos y sus aliados –civiles y militares– es un deber individual de todos los musulmanes capaces de hacerlo en cualquier país en el que sea posible, con el fin de liberar de sus garras la Mezquita de Al Aqsa y la Mezquita Santa (La Meca), y para que sus ejércitos salgan de todos los territorios del Islam, derrotados e incapaces de amenazar a ningún musulmán”.

Como los grupos globalizados de la sociedad civil, Al Qaeda ha

La infraestructura de Al Qaeda tiene muchos paralelismos con la infraestructura de las ONG internacionales o las redes de la sociedad civil

sido pionera a la hora de usar nuevas formas de acción; en este caso, el *raid*, el ataque por sorpresa. En los 10 últimos años antes de morir, el Profeta redefinió ese concepto característico de los grupos nómadas preislámicos y, al hacer que ya no fuera una incursión destinada al lucro individual sino a beneficiar a toda la comunidad, lo convirtió en parte de la *yihad*. Al Qaeda ha resucitado el término. Lo utilizó para definir los atentados del World Trade Center y en otras operaciones. En la declaración funcional antes mencionada, Al Qaeda llama a los “*ulema*, dirigentes, jóvenes y soldados musulmanes a emprender un ataque por sorpresa contra las tropas de Satán, los estadounidenses y los seguidores del demonio que se alían con ellos, y a desplazar a quienes les respaldan para que aprendan la lección”.

Al Qaeda tiene diversas fuentes de financiación. Bin Laden posee una gran fortuna personal; se calcula que su fortuna heredada asciende a 300 millones de dólares y es dueño de diversas compañías; entre ellas, bancos, explotaciones agrarias y fábricas en todo el mundo. Aun así, la red parece estar perpetuamente dedicada a recaudar fondos.

Una segunda fuente de financiación la constituyen los bancos y las organizaciones caritativas islámicas. En 2002, Estados Unidos y sus aliados en la coalición internacional congelaron los activos de dos bancos, Al Taqwa y Bakarat, que realizan habitualmente transferencias *hawala* (transferencias de dinero no documentadas). Dichas transferencias alcanzan los 5.000 o 6.000 millones de dólares anuales. En su mayor parte son legítimas: por ejemplo, trabajadores en el Golfo que envían dinero a sus familias. Pero el banco gana un 5% de comisión y puede utilizar ese dinero para hacer transferencias dentro de la red. Bakarat parece tener sucursales en muchos países, pero es especialmente importante en Somalia, donde actúa de forma extraoficial como banco central. (No está claro si Al Qaeda aprovechó el carácter informal del sistema de *hawala* para sus propios fines o si estos bancos financiaron voluntariamente a la organización).

Asimismo, el FBI dice que se utilizó a ONG islámicas como la Fundación Tierra Santa para la Ayuda y el Desarrollo (HLF), con sede en Texas, o la Organización de Auxilio Islámico Internacional (IIRO), como vías para canalizar fondos e infraestructuras de apoyo a la actividad terrorista. Desde 2001, el FBI ha congelado aproximadamente 125 millones de dólares, ha detenido a unos 2.700 agentes conocidos o presuntos y ha matado a la tercera parte

Por encima de todo, estos grupos tienen en común el compromiso con la idea de la lucha armada, la guerra entre el bien y el mal

de los dirigentes; no obstante, según todos los indicios, la organización sigue creciendo y este año ha realizado *raids* en Arabia Saudí, Marruecos, Pakistán, Yemen y Kenia. Lo importante es la capacidad de reclutar a jóvenes para la causa; eso es lo que permite que se multipliquen las células.

Repercusiones estratégicas

Los grupos como Al Qaeda se distinguen de los terroristas clásicos por sus objetivos (son religiosos y nacionalistas antimodernos, en vez de derechas o izquierdas); por las formas de violencia, que se dirige sobre todo contra la población civil y diversos objetivos simbólicos, en vez de objetivos con valor económico; por sus formas de organización, que suelen consistir en redes transnacionales en vez de estructuras de mando jerárquicas; por su uso de los nuevos medios de comunicación e Internet, y por sus formas de financiación, que tienden a ser transnacionales y criminales. Ahora bien, por encima de todo, estos grupos tienen en común el compromiso con la idea de la lucha armada, la guerra entre el bien y el mal.

Los “globalizadores regresivos”, por un lado, se alimentan de las inseguridades engendradas por la globalización y consisten en redes mundiales parecidas a otras organizaciones internacionales de la sociedad civil o el mundo empresarial. Por otro lado, sus objetivos son muy tradicionales: quieren capturar el poder del Estado o construir nuevos Estados regionales o secesionistas, y los conciben de acuerdo con la tradición, como “recintos de poder con unas fronteras”. En otras palabras, quieren hacer retroceder a la globalización al mismo tiempo que emplean sus instrumentos.

Si este análisis no se equivoca, esos grupos seguramente crecerán, por las inseguridades crecientes y porque ahora es cuando empiezan a aprovechar por completo las posibilidades organizativas que les ofrece la globalización. Sin embargo, en este último contexto, sus objetivos políticos son fundamentalmente contradictorios. El propósito de conseguir Estados puros desde el punto de vista étnico o religioso es menos realizable que nunca. Tal vez estos grupos no esperan alcanzar sus objetivos; quizás lo que les motiva es la lucha, y la dificultad de conseguir sus metas hace que esa lucha sea más creíble. Por tanto, el pronóstico es pesimista.

En el caso de los que podrían calificarse de “globalizadores progresistas”, (es decir, los que están a favor de la globalización siempre que beneficie a muchos y no a pocos y que exigen la reforma de las instituciones mundiales para conseguir que sea así), es muy importante que, para contrarrestar el crecimiento de los grupos

Es importante que la lucha contra la violencia se considere una labor policial y no una forma de guerra

mencionados, elaboren una estrategia basada en la ley y la moral, no en la guerra, pese a que dicha estrategia probablemente tendrá que recurrir a métodos militares. Tal vez nunca sea posible eliminar a esos grupos nuevos, pero quizá sí se pueda disminuir su capacidad de captación y de hacer daño. Si el propósito es reducir las inseguridades que proporcionan el caldo de cultivo para las ideologías extremistas, la estrategia debe consistir en última instancia en un programa mundial de Gobierno progresista. Pero es posible identificar vías políticas más concretas.

No se puede dar prioridad a las vidas de los soldados sobre las de los civiles a los que se supone que deben proteger

1. En primer lugar, esta estrategia debe comprender la protección de civiles y la captura y detención de los criminales responsables de la violencia para hacer frente a los peligros inmediatos. Y esto sirve para todas las formas de violencia ilegal (crímenes de guerra, crímenes contra la humanidad, genocidio, violaciones masivas de los derechos humanos y crímenes particulares), no sólo el terrorismo. Pero es importante que la lucha contra la violencia se considere una labor policial y no una forma de guerra. El mayor riesgo de usar el lenguaje de la guerra y atacar a Estados que patrocinan el terrorismo, como está haciendo el Gobierno de Bush, es que alimenta las propias ideas de lucha de los terroristas. Una guerra implica que los agentes del Estado matan de forma legítima, mientras que el terrorismo es la violencia criminal cometida por agentes ajenos al Estado.

La guerra alimenta las nociones de lucha perpetua de los terroristas. Tal vez es necesario emplear métodos militares, por ejemplo para destruir campamentos terroristas pero cualquier acción militar debe concebirse como una acción policial, no de guerra. Y no sólo en materia de procedimiento, es decir, que el uso de la fuerza militar requiera la aprobación de las debidas instancias, por ejemplo el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. También son importantes los medios empleados. El mantenimiento del orden parte de la hipótesis de la igualdad entre los seres humanos. No se puede dar prioridad a las vidas de los soldados sobre las de los civiles a los que se supone que deben proteger. Por tanto, la fuerza militar debe utilizarse según los mismos principios que las fuerzas del orden: se espera que los soldados arriesguen sus vidas para salvar a otros.

La importancia de los medios afecta asimismo a la información, el mantenimiento del orden y otros procedimientos legales. Las diversas leyes antiterroristas de Gran Bretaña y Estados Unidos permiten adoptar procedimientos, como la detención sin cargos, que pueden llegar a violar los derechos humanos. El peligro no es sólo que

tal situación pueda engendrar más indignación y resentimiento entre posibles voluntarios para las causas extremistas, sino que además es un desafío a nuestras libertades y a nuestra afirmación de que ofrecemos una ideología alternativa. Para lograr el equilibrio entre las necesidades de la lucha antiterrorista y las libertades civiles es preciso que tanto los especialistas como los responsables políticos tengan mucho más cuidado al actuar.

2. En segundo lugar, es fundamental contrarrestar la ideología de estos grupos, y hacerlo a través de una movilización política de base. Eso significa apoyar a diversos sectores de la sociedad civil y dialogar con ellos, sobre todo en las áreas –como los “agujeros negros” creados por el conflicto– en las que más posibilidades tienen los grupos terroristas de reclutar a futuros miembros.

La movilización mundial contra la guerra de Irak representó la oportunidad de construir un movimiento popular alternativo porque contó con la participación de Europa y del mundo árabe y por primera vez incorporó a las comunidades de inmigrantes al proceso político. Este factor fue especialmente importante en Gran Bretaña, donde hindúes, sijs y musulmanes participaron en las marchas. No obstante, por ahora, estos grupos carecen de representación política seria, y es verdaderamente necesario que los cargos electos de tendencia progresista les tiendan la mano. Es verdad que muchos de los grupos e individuos que participaron en las manifestaciones se caracterizaban por su rechazo a la globalización o por su visión regresiva, que con frecuencia eran restos de la vieja izquierda o islamistas. Pero existen miles de jóvenes a los que el movimiento está politizando ante la posibilidad de un programa más constructivo y reformista.

3. En tercer lugar, esta estrategia debe vencer la compleja infraestructura organizativa de esos grupos. Creo que hay que destacar cuatro factores:

- Educación. Una educación primaria universal contribuiría enormemente a que hubiera menos incentivos para enviar a los niños a las escuelas religiosas. La educación de las niñas es especialmente importante.
- Medios de comunicación. Es preciso que en todo el mundo se invierta mucho más en radios y televisiones públicas (pero no estatales). Las radios comunitarias independientes son especialmente importantes a la hora de contrarrestar la propaganda extremista, como se ha visto en Serbia y algunas zonas de África.

La movilización mundial contra la guerra de Irak representó la oportunidad de construir un movimiento popular alternativo

- Labor asistencial. El declive de los servicios sociales ha dejado sitio a ONG humanitarias que, a menudo, también llevan consigo un mensaje político.

- Empleo. Los jóvenes en paro o criminalizados son el principal caldo de cultivo de estas ideologías. Es prioritario encontrar formas legítimas de ganarse la vida para dichos jóvenes.

Existe un verdadero peligro de que los globalizadores regresivos se alimenten mutuamente y dejen cada vez menos sitio a los progresistas

Estos cuatro factores forman parte de una estrategia más amplia para reducir la inseguridad mundial. Quizás el elemento más importante de cualquier estrategia sea no abordar directamente el terrorismo sino los “agujeros negros” que generan la cultura de la lucha armada. Eso exige una enorme dedicación de recursos y voluntad. Significa que, además de hablar en términos cosmopolitas, hay que comportarse con arreglo a ellos. El mayor obstáculo es cognitivo: cómo asumir seriamente el principio de que todos los seres humanos son iguales.

El presidente Clinton destacó, en su discurso ante la Conferencia para un Gobierno Progresista, que la derecha se nutre de enemigos y ataques, mientras que la izquierda tiene que basarse en debates y pruebas. Esta afirmación es muy válida para los movimientos nacionalistas y religiosos de tipo extremista, que siempre se benefician de los sentimientos de lucha e inseguridad. Existe un verdadero peligro de que los globalizadores regresivos, sean los neoconservadores estadounidenses o los movimientos que engendran el terrorismo mundial, se alimenten mutuamente y dejen cada vez menos sitio a los progresistas, es decir, al debate y a las pruebas.